

“ Así como el contraste del verano y el invierno era entonces más fuerte que en nuestra vida actual, lo era también la diferencia entre luz y oscuridad, el silencio y el ruido. La ciudad moderna apenas conoce las oscuridad profunda y el silencio absoluto, el efecto que hace el fuego de una antorcha o una aislada voz lejana”.

“Herbst des Mittelealters” / “El otoño de la Edad Media”. Johan Huizinga



El Camino del Norte o la fuerza de la melancolía y de la memoria

Hubo una vez en que creí que me había establecido para siempre en aquella ciudad y en aquel ancho río; un día, el viento de levante me recordó que el tiempo que me habían concedido, siete años y veinte y un día, había terminado. Creo que todo lo que después sucedió, fue un sueño:

En la posada del Caballo Negro, en Finkenwerder, estaba el mercader Isaac Singer pasando lista, entre latines y bienaventuranzas, a un reducido grupo de peregrinos que en aquella tranquila mañana de mayo se disponían a cruzar hasta el otro lado del río, hasta el embarcadero de Teufelsbrück, donde a poca distancia, en un pequeño amarradero conocido como Jacobstreppe, la Escalera de Santiago, les esperaba un barco panzudo de velas latinas, que junto a otros viajeros y mercaderes, los llevaría hasta algún un lugar de la Bretaña francesa, donde cinco de ellos continuarían por tierra durante semanas hasta llegar a la tumba del Apóstol Santiago, en tierras de Galicia. Estábamos en el alegre tiempo de primavera, han florecido las lilas en el patio de la posada, de sus delicadas ramas salen blancos racimos de flores, “para bautizar a los peregrinos de rocío y de perfume”, añadió el posadero Antón, orgulloso de sus flores. Justamente, sobre los arbustos de lilas, sobre las ramas más tupidas de flores, se abre la ventana de la joven peregrina que acordó venir a última hora, de “sonrisa angelical y mirada reidora” y que con voz suave de madreperla, nos deseo buenos días a todos. Una jornada feliz. Un maestro antiguo, como Pieter Bruegel, hubiera podido pintar con todo detalle aquel variopinto grupo de peregrinos, y que como aquella otra “parábola de los ciegos”, bien podría haberse fijado en esta “parábola de los peregrinos”, disponiéndose a partir en el patio de la posada del Caballo Negro, en un amable paisaje de ribera lleno de sauces y de lirios, donde destacaban las suave colina del Molino Viejo de Finkenwerder, con su pequeña torre donde anidaban las palomas. Y entre toda esa naturaleza, el semblante dulce, que no olvidaré jamás, de la joven peregrina, en la que sin duda alguna se inspiró el viejo maestro Holbein, para pintar aquella hermosa mujer, conocida como Katharina Schwartz.

Nada hay más profundo y misterioso que la necesidad de consuelo; algo de ello hay en toda esta historia, aunque sea sólo un suspiro lo que de aquel tiempo guardo. Han pasado cinco largos siglos, ahora trabajo sin apenas pronunciar mi nombre, duermo en casa de una anciana viuda llamada Beckmann, no muy lejos del río y de su puerto al que regreso cada anochecer, llueva, haga frío o ventee. La voz de éste elemental relato, nació de ciertos rincones de esa amplia ciudad a los que ya no puedo llevaros si no es con ayuda de la imaginación y de las palabras.

Los barcos que navegan bajo banderas desconocidas, cuando han descargado sus mercancías y la tripulación desembarca para atender sus necesidades más urgentes, suelen necesitar de alguien que permanezcan en su cubierta y cuide de que el amarre no se afloje o de que un viento de costado haga girar la nave y ésta se golpee de mala manera contra las piedras de la escollera; ese es mi oficio. En ningún otro lugar me siento más cerca de ellos que en este bautismo de sombras, tocando el contorno de las cosas invisibles, reencontrándome cada noche en una inundación de aromas que envuelven el puerto y la ciudad. ¿Quién no ha recuperado parte de su infancia a través del olfato?; esos olores mediante los que vencemos el tiempo.

Cuando la bruma de la mañana se va disipando en las orillas del río es cuando debo abandonar el barco; la jornada termina siempre con la llegada del día. Recostado en uno de los peldaños de la Jacobstreppe, puedo presenciar la salida del sol y adivinar como huelen a piña tropical y a especias los navíos que van llegando y, recordar el día en que partimos en ese barco de vela, panzudo y parduzco, y de cómo nos fuimos perdiendo río abajo, hasta llegar mar adentro.

Las noches para los peregrinos, trascurrían entre breves historias y prolongados silencios bajo las estrellas y el olor espeso de los barriles de cerveza que habíamos cargado en Altstadt, en la Ciudad Vieja. Algún que otro amanecer nos cogió sobre cubierta, hablando de lo que nada más llegar les íbamos a pedir al Santo Apóstol; jamás a cada mañana les faltó el chirriate piar, con el que nos despertaban aquellos pájaros que los marineros llamaban gaviotas reidoras. La llegada de nuestro barco a Saint-Malo no fue anunciada, tal vez por eso nadie lo recuerde. Formábamos uno de los más hermosos grupos que se hayan reunido para acercarse hasta la tumba del santo mártir. Recuerdo a la alegre viuda Brodsky, blanca de piel, bien peinada y oliendo a jabón de lavanda, los brazos siempre al aire y muy lúcida, que se sabía de memoria los nombres de todo el regimiento de húsares afincado en Altona, casada por tres veces, aún confiada en la misericordia del Santo Apóstol para encontrar un nuevo marido. Al hombre de mirada distraída que va la mayor parte del viaje mirando a poniente y que hasta ayer vivía en el conocido Mercado del Ganso, de donde le viene su nombre, curandero de profesión, también sabía leer el porvenir en la palma de las manos con bastante acierto; ahora, desde que su mujer se marchó de peregrinaje a Compostela, solamente echaba las cartas a desgana, pues no dejaba de pensar en ella día y noche, su nombre, Thomas de Gänsemarkt, el mismo que después de aquellas terribles inundaciones que padecimos hace siete años, en una sola jornada, hizo un puente de madera que unió las dos partes de la ciudad que habían estado separadas por las aguas. De ahí viene el dicho popular de: "Der Nekromant von Gänsemarkt, der Sabiner, ist unser getreuer, ehrenhafter Diener." "El nigromante de Gänsemarkt, el sabino, es nuestro digno y leal servidor." Este dicho, fue puesto por Goethe en boca de Fausto, confundiendo al peregrino Thomas con un italiano. Le gustaban los libros de caballería y los flanes de huevo. Fue él quien por primera vez nos habló de aquel perdido refugio para peregrinos: "Hay un punto donde el Camino se bifurca en dos ramales, uno de ellos es escarpado y otro llano, donde en las noches cerradas de niebla en que el viento aúlla como un ser vivo, aparece un jinete de barba florida y blanca, que en compañía de un perro, impide el paso a los peregrinos que padecen de una enfermedad contagiosa, llamada "präsenile Bettflucht", una especie de insomnio que es un sin vivir para el que lo padece. A los que llegan libres de esa enfermedad, el caballero los envía por una sinuosa vereda que se adentra en un tupido robledal hasta que en un claro del bosque, aparece la posada de El Perezoso, donde los peregrinos son recibidos con los brazos abiertos y regalados con leche recién ordeñada y pan blanco de trigo dulce como la miel." El nombre del peregrino Isaac Singer ya le conocéis, comerciante, de sangre algo dudosa, de prominente nariz, entrado en años, "de ojos cándidos como si sólo vieran lo bueno de la vida", me susurra al oído la joven peregrina, como si hubiera adivinado lo que en ese momento estaba pensando; un par de asnos sobre los que hemos colocado nuestras pertenencias, y el servidor que esta historia os cuenta, que por suerte, un invierno, hace ahora siete años y veinte y un día, desembarcó en esta ciudad del norte, que desde entonces ha sido lugar donde viven algunos de sus mejores recuerdos y uno de los territorios más secretos que aún recorre.

La posada de El Perezoso

Cuando esté en el Juicio Final y me estén señalando con el dedo mi descenso a los infiernos, tendré un minuto para acordarme de la posada de El Perezoso. Todo es pasado, es gris y es blando, la imagen que de aquel lugar tengo, está en reposo, está en su sitio:

Era un atardecer de septiembre. Había dejado de llover, el rumor del canto de los pájaros en el bosque venía acompañado de ese segundo silencio, que siempre anuncia la llegada de el otoño en los caminos. Antes de llegar a las ruinas de lo que había sido un hospital para peregrinos, el camino se partía en dos ramales, uno escarpado que se perdía en un bosque de hayas y el otro de suave pendiente que te llevaba hasta un valle donde se perdía la vista. Entre ambos caminos, las ruinas del convento y un solitario y rugoso roble, en cuyo tronco retorcido se abren grietas negras y húmedas. Bajo sus ramas dormitaba un caballo con su jinete a la grupa y un perro que nada más vernos comenzó a ladrar. El roble pasaba de los mil años y caballero hacía ya tiempo que había perdido la cuenta de los suyos. El otoño había sido madrugador en esa parte del Camino, algunas mañanas, una débil escarcha manchaba los caminos bordeados de pálidos abedules y coloreadas hayas. A lo lejos, las Sierras de Oca y de la Demanda, con su mar de cumbres oscuras. El caballero Esteban de Hungría y su perro Palmero, se despertaron de sus sueños y lentamente se dirigieron hacia nosotros. Comenzó de nuevo a llover, mansa y silenciosamente. Sin prisas, calado hasta los huesos, el jinete bajó de su caballo y poniéndose a los pies de la joven peregrina, le besó la mano, diciéndole lo mucho que le recordaba a su amada y querida reina Cunigunda. Era Esteban de Hungría de casta germánica, guerrero y noble, fiel a su señor, el rey don Enrique, más su noble corazón estaban conquistado por el amor que le tenía a su señora reina, el mismo que le había llevado abandonar su país y refugiarse para siempre en este inhóspito rincón del Camino. Esteban, es el hermoso jinete que hay a las puertas de la Catedral de Bamberg.

El roble bajo el que vivía era como el árbol de los deseos para él. Cuentan los han que han pasado por allí últimamente, que el caballero Esteban aún vive, y que sube y baja por el tronco y las ramas del árbol al cielo, dejando a su perro y a su caballo vigilando el Camino. Los peregrinos se han acostumbrado a dejar sus oraciones y deseos en las grietas y hendiduras del tronco, monedas, montoncitos de piedras, papeles de colores, cintas del pelo de las doncellas que buscan novio, tantas, que el roble parece ahora una cometa. El caballero Esteban, al que no le han perdonados los años, ante tanto peregrino como hay últimamente, anda subido a la rama más alta en compañía de su perro y su caballo, entre nubes, mientras espera se haga de noche, para bajar y darse una vuelta por la posada de El Perezoso, y tomarse unos vinos en compañía de sus amigos los posaderos.

Días felices en la posada de El Perezoso

Venía la lluvia acompañada de fuertes rachas de viento que obligaron al jinete Esteban a bajarse de su caballo. "Habrá que apearse-dijo-, y ayudar a estos peregrinos si quieren llegar a la posada". Tenía la voz ronca, recuerdo que nos miró con unos ojos que parecían llevar la claridad del día, de tan azules que eran. El perro ladraba con fuerza a la oscuridad que bajaba de las montañas en compañía de la niebla, y que con rapidez nos fue envolviendo. "Palmero, ¿se oyeron otra vez los lobos?" Y mirando hacia el roble, ya casi invisible, nos dijo le siguiéramos, hasta que poco apoco nos fuimos adentrando en el bosque; sin duda algo de lo que había visto le aterraba. No sin esfuerzo y calados hasta los huesos llegamos a la posada de El Perezoso. A resguardo de la noche y del mal tiempo, los burros y el caballo fueron los primeros en tranquilizarse nada más pisar el cobertizo, el resto del personal entramos en la posada, donde nos recibió un fuego chispeante, que Valerio, el posadero, y su esposa Berta habían preparado para nosotros. Después de unos cordiales saludos de bienvenida, sin mediar palabra, cada uno comenzó a quitarse las ropas de abrigo, que de tan mojadas que estaban regaban el suelo.

El caballero, en compañía del posadero se acercó a la ventana, mirando si alguien más venía por el camino. Berta, nos dio a cada uno una taza sopa caliente, generosamente perfumada con jerez. Esteban se sentó entre la puerta y la escalera, no muy lejos del fuego y de su espada. Bebió su taza de sopa a pequeños sorbos. Por veces, él levantaba la cabeza para observar a la joven peregrina, que distraída, miraba el fuego de la chimenea. La lluvia seguía cayendo fría y gruesa, mientras fuimos invitados de nuevo a tortilla de huevos con patatas y a vino tinto de la tierra. Les echamos un segundo pienso a los animales; sólo se oía la lluvia y el chispear del fuego, cuando el jinete de Bamberg comenzó a hablar:

La tormenta de nieve había acercado su boca hasta el tronco del viejo roble, donde estábamos a resguardo de las rachas de viento que venían de todas partes. Era una mañana tan desapacible, que hasta los pájaros había decidido no volar. En aquel silencio, el perro, el caballo y yo casi nos habíamos quedado dormidos. El grosor de la nieve, lo medía por los rosales silvestres y las piedras del camino que poco a poco iban quedando cubiertos por aquel manto blanco, hasta que los perdía de vista. Cuando el canto de un cuervo conocido, me trajo un recado. Miré a lo lejos y pude ver a dos caminantes, que andaban subiendo y bajando los brazo, como si bailasen, mientras cantaban una canción. El más alto de los dos, portaba un paraguas de llamativos colores que hacía girar, mientras el otro, que me pareció ser una mujer, danzaba a su alrededor. Me acerqué con el caballo. El portador de la sombrilla y del equipaje, era un mulato, alto y delgado, que venía vestido de monje carmelita, ella una fina dama brasileña con un largo hábito de color morado, a la manera de los que portan los mártires y santos que tanto embellecen los altares de las iglesias napolitanas y que pude ver a mi vuelta de Tierra Santa. Daba respeto ver a la señora por la cantidad de medallas y escapularios que llevaba sobre su pequeño cuerpo. Su cara, era como una manzana madura que estuviese a punto de caer del árbol. Hablaba la mujer con voz misteriosa y suave. "O Caminho de a tristeza acabou", dijo nada más vernos. Todo el mundo sabe que el Camino por estas montañas es malo, agreste y encharcado, donde nadie se libra del barro como no vuela como una paloma. Pues los faldones y el calzado de esta dama venía limpios y secos. Cuando llegaron a la posada, pidieron estar un par de días hospedados, hasta que remitiese el temporal. La dama tenía una gran mata de pelo, que

se recogía en un moño cada mañana. Ella se sabía de memoria los nombres de todos los santos del santoral y del cielo mismo, era tan feliz contando la vida y milagros de cada uno de ellos, que cambiaba, si era hombre o mujer el santo, el tono de su voz; eran vírgenes y mártires con voz de canario flauta portugués. Tengo conocidos a varios santos que han pasado por aquí camino de Santiago, pero ellos fueron de los primeros que conocí, de los que llaman “incitadores risueños a la santidad”. Marcharon al tercer día, les acompañé hasta el río que venía ancho y poderoso, allí donde antes había un puente, y ahora cada año, como un dios fluvial, se cobra a uno o dos peregrinos ahogados; el mulato cogió a su dama y después de acariciarla, ella se quedó dormida y como un san Antonio con su niño Jesús en brazos, se adentró en las aguas del río que pronto les cubrieron. Hasta que no los vi asomar en la otra orilla, pensé que se habían ahogado. Una vez en tierra ella, señalando a sus zapatos me gritaba: “E fica mais lindos por causa do amor.” Y así, danzando con lentitud y haciendo girar su sombrilla de colores, siguieron el Camino, hasta que los perdí de vista.

“El cielo pertenece al Señor, la cocina de ésta posada a Berta”, dijo el peregrino Isaac, nada más hincarle el diente a uno de los palominos que entre historia e historia, había puesto sobre la mesa la amable y cariñosa posadera. “Este manjar —continuó el mercader—, ha desaparecido de nuestras mesas cristianas del norte, por el sentimiento de pecado que calvinistas y luteranos han dado al bien comer y al bien beber. Ya lo recomendaban los sabios de la antigüedad, diciendo que “el buen alimento cría entendimiento”. ¿Cómo puedo ver pecado alguno en estos pimientos del Bierzo y este delicioso vino de Rioja, con los que se acompaña a este manjar delicadísimo? Siempre se comieron pichones en nuestra ciudad. Ya un secretario del Grafen Adolf III von Holstein hablaba de los numerosos y hermosos palomares que había en nuestra “Freien un Hansestadt”, libre y hanseática ciudad, y de cómo su señor se alimentaba de los mejores pichones de engorde que tenía en los palomares de su propiedad. Ahora tenemos espinacas, comida de cuaresma durante todo el año. ¿Cómo hubiera sido diferente la historia si en sus escritos para la Dieta de Worms, el teólogo Martin Luther, hubiese metido alguna qué otra receta de cocina? Y recordarle también aquello: “De un cólico de espinacas no se murió ningún Papa”. Que hermosos eran los atardeceres de Hamburgo, cuando los señores daban suelta a sus palomas y éstas volaban sin descanso sobre los tejados y torres de la ciudad, hasta perderse en las riberas de su ancho y caudaloso río.

Cuatro noches consumimos en la Posada del Perezoso. Hablamos de viajes, de los que ya no están, de los amores perdidos y añorados, y algo también de lo que se les oye decir a las gentes que pasan por esta posada. Esto fue lo que nos contó, la segunda noche, la joven peregrina de hermosa tristeza y mirada reidora:

En las historias griegas abundan las largas separaciones entre amantes, donde son innumerables las calamidades que se abaten sobre ellos, forzándolos a largas ausencias e interminables viajes; ésta que voy a contaros es una de las más triste que conozco y se la oí contar a la escritora Ingeborg Bachmann, en la casa de la NDR, la Radio del Norte, una tarde lluviosa de otoño: “Chipre es de Afrodita y Creta de Teseo, y en Creta, al pié de las columnas del templo de Teseo, nació Hylas, la hermosa doncella,

que vive en valles y montañas y que llamamos Eco o Echo. Pasó Hércules un día por Creta, era al anochecer, bajo una terrible tempestad y pidió posada en el templo de Teseo. Una de las doncellas que guardaban el templo, le abrió las puertas a aquel viajero desconocido, que se envolvía en extrañas pieles. Hylas, que tal era el nombre de la doncella, no pudo resistir la atmósfera de misterio que envolvía a aquel caminante. Y Hércules quedó prendado, por que ésta tenía una sonrisa dulce y una voz tibia como el respirar de un pájaro. Pero Hylas no se le entregó, haciéndole hablar hasta que vino el día y el templo se llenó de luz. Esta noche volveré —dijo Hércules—. Y me contarás el resto de tu vida —dijo Hylas—. Siete noches consumió Hércules para contárselo. Y la séptima noche, cuando Hylas colgaba sus túnicas en las ramas de un olivo, fue raptada por Artemisa, para que Hércules no mancillara el templo de Teseo. Hylas enloqueció de amor, y desde entonces vive con los animales del bosque, vaga por las montañas, repitiendo en su locura todo lo que oye a la gente que pasa...”

... Es menester soplar sobre las brasas para lograr una buena lumbre, dijo Valerio el posadero, mientras daba algo más de volumen a su viejo aparato de radio, donde sonaba Mozart, con unos de sus conciertos para clarinete, el K622, que nos animó, entre suspiros y alguna que otra lágrima perdida, a partir las avellanas y las nueces que Berta había dejado sobre la mesa.

Bien sea por el día que era luminoso y cálido, por alegre brisa que venía de los álamos del río y que llegaba a ráfagas hasta los soportales de la posada o tal vez por el ajeteo que de buena mañana había habido en la cocina; ese mediodía, fue una fiesta inolvidable para todos los que en ese momento nos encontrábamos sentados alrededor de la mesa de la Posada del Perezoso, presidida, por una descomunal cazuela de “Lievre à la Royale”, cumbre cocina del Camino, tal como Berta nos dijo haber aprendido de un peregrino francés que trabajó como cocinero en el Grand Véfour de París. “Ni judío necio ni liebre perezosa”, sentenció alegre el mercader Isaac Singer. “La mujer seguida y liebre corrida, conquista segura”, le gritó a continuación, la alegre viuda Brodsky, que entre risas y alzando su baso de vino, pidió que brindásemos por aquellas buenas personas que nos habían dado mesa, cobijo y protección en aquel hermoso y retirado lugar del Camino, que lleva a Santiago.

Después de cantar a la vid, a sus hojas de cinco puntas, “copia de la mano del hombre”, el nigromante Thomas de Gänsemarkt que hasta entonces había permanecido ensimismado y sin decir palabra, alabó el vino que tenía en su copa, reclamando para la vid la fuerza que le debe nuestra sangre y la persistencia de la felicidad en los corazones, exaltando el amor que sentía por su mujer, “tiene el pelo rojo de dormir en el polen de las flores”, a la que pronto esperaba encontrar. Hay personas y cosas —dijo—, que se disuelven durante la noche y, a menudo, jamás regresan. Suele pasar con las mujeres que amamos. Ellas, con la edad, descubren la letanía del tiempo y de las cosas que les rodean. Una tenue energía, procedente de la tierra, las va sacando del laberinto en que normalmente nos encontramos. Y comienzan a vivir la vida por su cuenta, y nosotros los hombres, no podemos seguirlos. Nos volvemos torpes y les vamos perdiendo el rastro, y ellas acaban instaladas en su propia existencia. Ahí están, hermosas —dijo señalando a las mujeres que seguían sentada a la mesa—, mírenlas bien, son el futuro. ¡Brindemos por ellas!

Desde niña me ha gustado contemplar las estrellas, dijo Berta, mientras se sentaba junto al fuego, después de haber escabechado unas truchas en la cocina. Esa noche – continuó diciendo-, contemplaba desde el patio las estrellas de siempre, los planetas inmóviles y decorosos que resplandecían como linternas sobre las montañas vecinas. Y luego me pareció que una de ellas se movía, pues en verdad algo se movía a toda velocidad, dando saltos, por la vereda que baja del bosque hasta la posada. Y cuando se paró frente a mi, vi que era un mozalbete de rasgos orientales que portaba una linterna china y que pedía posada para esa noche. Le preparé una sopita de pollo con fideos, que le hizo entrar en calor, pero lo que realmente le animó y le hizo hablar, fue el licor de ciruelas:

Siempre gocé de poca salud –dijo-, por eso mi padre me dejó escoger mujer, cuando le dije que quería casarme. Hasta entonces sólo me había dedicado a la caligrafía, a pintar flores y a escribir pequeños versos que arrojaba al fuego por ser demasiado tristes. Mi país está en una isla llamada Shikotan, donde las nieves duran casi todo el año; en mis sueños la primavera no terminaba nunca y mi trabajo en cada uno de esos sueños, era el de cuidar un huerto de naranjos y limoneros. Mi padre, dueño y señor de la isla, mandó a todos sus vasallos, me mandasen pintados en rollos de papel de arroz, los retratos de sus hijas casaderas. Durante un mes, pasé las mañanas y las tardes contemplando aquellos retratos, y en ninguno encontré lo que buscaba. Por las noches seguía soñando en mi huerto de naranjas y limoneros. Una tarde llegó un correo de un lugar remoto y desconocido para los sabios de la isla, y desenrollando el papel, encontré la gracia de una joven que exprimía naranjas y limones, en un huerto de frutales, y que al mirarla se ruborizó. Cuando pregunté por ella, nadie supo darme su paradero. El mago de la corte me preparó un linterna de papel y desde entonces no he parado de buscarla.

El joven peregrino –dijo Berta- venía muy delgado y con pocas fuerzas, por lo que le saqué unas naranjas y unos limones para que los pusiese en su mochila. Nada más verlos, me preguntó de dónde venían; cuando terminados de darle las señas, encendió su linterna de papel, recogió una estera que había desplegado en el suelo y juntado las manos e inclinando la cabeza, se despidió de nosotros. Pasaron los meses, y una mañana a pereció una joven de ojos pequeños, que caminaba dando breves pasitos, con un vestido estampado con naranjas y limones, preguntándonos por él. Desde ese día no han dejado de pasar por aquí paisanos suyos, tantos, que en el “Menú del Peregrino”, he metido de primero un plato de pescado crudo, llamado “Sashimi”.

La primavera fue lluviosa. En el Camino vimos madurar las cosechas de patatas, aparecer las manzanas y los higos, madurar la uva, las zarzas llenarse de moras que relucen y se mojan cada vez que caen aguaceros. Pero no dejamos ni un solo día, de recordar los momentos felices que pasamos en la posada de El Perezoso.

Melancólicas estaciones de tren y el retrato que de la Comuna de Eppendorf hizo Hans Holbein el Viejo

Alguna vez, a la entrada de la estación de Hasselbrook, hubo un pequeño despacho de pan que fue transformado en sastrería por un matrimonio de emigrantes italianos. Cuando yo conocí al señor Conrado y a su señora, solamente se comprometían con algún que otro zurcido o acortar los bajos de los pantalones. Lo que había sido escaparate de un negocio prometedor de corte y confección, ahora era un cálido invernadero de flores y plantas, donde dormitaba un gato. La pintura verde de los listones que sostenían el cristal se había ido con las lluvias y la madera había sido colonizada por musgos y líquenes propios de las piedras que se encuentran junto ríos y arroyos de las montañas. El orín del gato y el olor herrumbre que subía por las escaleras de la estación, daban la sensación al viajero de estar en el trópico.

El techo de la estación ligeramente abombado, estaba poblado por palomas y alguna que otra lechuza que despertaba de sus sueños, si el chirriar de las ruedas del tren se pasaba de lo tolerable. Carecía de paredes, y aun lado y a otro de las vías, los árboles y enredaderas, se habían fundido en una sola masa verde, que en primavera y verano se llenaba de flores blancas que despedían un aroma a medicina, que unido a los olores del puesto de venta de salchichas y patatas fritas, fueron los primeros olores que ligue a mi destino en aquella ciudad. Me gusta viajar en los trenes de las grandes ciudades, encontrarme con esas miradas indiferentes al tiempo de sus pasajeros y de algún que otro ángel anónimo dispuesto a volar en nuestra ayuda.

Karfreitag, Viernes Santo, día nublado, la nieve aún abundaba en las zonas arboladas donde habían comenzado a despuntar tímidas las violetas y a cantar los mirlos. El aroma que desprende Marzo había llegado esa misma mañana a la ciudad. Era mi primera vista desde que llegue en enero; un plano de la ciudad y un recorte de periódico con una dirección. La locomotora llevaba sin esfuerzo los vagones a través de túneles y estaciones; a primera vista el trayecto no ofrecía belleza alguna, pero en el interior de aquellos vagones temblaba una especie de vida en tránsito, enmudecida, con un color urbano hasta ese momento desconocido para mi. Me dejé llevar, en la estación Wedel terminó el trayecto, todos los pasajeros se bajaron lentamente, mirando el suelo. Alguna vez, en ese lugar, debieron intentar prolongar el recorrido y construyeron una vía, que ahora se perdía entre la maleza y el bosque, trazada de tal manera, que nunca perdía el río de vista, viendo los barcos dibujando olas en aquellas aguas de color de arcilla.

El tren de vuelta a la ciudad silbó en el momento mismo que comenzaba a llover. Saque el recorte de periódico que llevaba en el bolsillo: "J.S.Bach, Mattäus-Passion en la iglesia de St. Michaelis". En uno de los pasillos de la Estación Central, los vendedores de flores habían puesto ese día su particular huerto de Getsemaní. Y de repente, en la iglesia el silencio se agranda con las voces de los que cantan; dicen venir desde las heladas parcelas de la muerte y yo sólo siento que traen vida. La música va anulando a los allí presentes volviéndolos etéreos. Oigo el rumor de la calle, mientras el bajo recita el aria nº 51, es el instante en que un Dios extenuado baja a la tierra a tomarse un respiro junto a los pecadores...De regreso a la pensión, entre los túneles de Berliner-Tor y Landwer, oigo como los viajeros se une al coro que canta y repite el final del recitativo

nº 78, "Wir setzen uns mit Tränen nieder / Con lágrimas nos postramos". Y me entran ganas de volar como un ángel a mi que siempre me han dado miedo las alturas...

Estación de Dammtor, una acogedora cafetería, bizcochos de crema, prensa internacional, una puerta que da a un jardín, luce el sol, ladran los perros, catorce peldaños para llegar a la librería y a sus ofertas de libros usados: "Sebastian im Traum" de G. Trakl, "Also zittert im Dunkel der Fremdling", "así tiembla en lo oscuro el extranjero", cuántas veces, a partir de ese día, no temblaría de emoción el extranjero al abrir las páginas de aquel libro o al soñar con Katharina Schwartz, que aparecía en el otro libro que también compré ese día y que estaba dedicado al pintor Hans Holbein el Viejo.

Mediodía. El tranvía ha hecho su parada junto a la torre de agua (Wasserturm) de Süderfeldstrasse, donde me espera una amiga que me va a enseñar la casa comunal en donde vive. Todas las ventanas están abiertas, bicicletas, ropa tendida de llamativos colores, podríamos estar en la India o en cualquier vieja plaza de armas del ejercito de Pachó Villa. Un habitante de la casa, con bigote, sale arreglado con un turbante, posa con los brazos cruzados, para otro que porta gafas que lo está filmando, para siempre, sobre ese paisaje. Espíritu comunero: Las mujeres han montado una fábrica de hilados, los hombres una banda de músicos ambulantes. En una de las habitaciones me pareció que se movía una estrella, pues en verdad algo se movía, dijo su nombre; esa noche nada más llegar a la pensión de la viuda Beckman, abrí el libro por la página donde aparecía el retrato de la bella Katharina Schwartz. De el resto de los habitantes de la comuna tampoco se había olvidado el viejo Holbein, están todos en el retrato conocido como el de la familia Ulrich Schwartz. El caballero Ulrich y señora aparecen de rodillas, sus verdaderos nombres eran Walter y Marianne, así lo anoté en aquel libro de saldo que compré un día de verano en la estación de Dammtor.

Llegué a la estación de Klein-Flottbek con las últimas luces del día, las flores de lavada oreaban el aire del que había sido un hermoso día de verano. En el amarradero de Teufelsbrück me esperaba para la guardia de esa noche un bergantín de dos palos y velas cuadradas que terminaban de descargar. Los gorriones se demoraban picoteando los granos de trigo que habían caído de los sacos que los transportaban al suelo. Cuando tome posesión del velero, vi aún algo de luz sobre las aguas y algunas velas que llegaban tarde sorteando los bancos de arena, que las crecidas de primavera habían dejado en el lecho del río. Los estibadores y marineros habían hecho ligeros fuegos de ramas secas y tablones embreados que iluminaban la noche en el Puerto, der Hafen. La blanca estela de la Via Lactea en el azul del cielo y el cambio de rumbo de los que salen a mar abierto se escuchaba en medio del silencio de tanta vida como allí había. Y aunque sabía que no valía la pena envidiar a nadie, no podía evitarlo, consolándome con aquellos versos de Ovidius Naso sobre las blancas rocas de Creta. ¿Cuántos habían sido mis nombres y cuál de ellos tenía ahora, Épiro el mendigo, qué conoció en persona a Ulises, Symeu, pariente de José de Arimatea o el Holandés Errante, el del "Il vascello fantasma" que desaparece y vuelve aparecer cada siete años y veinte y un día?

Es un día claro de verano. El río está en reposo como un gran espejo. En los muros del embarcadero de Jacobstreppe, en la Escalera de Santiago, están grabadas las iniciales de muchos de los que desde ese lugar, han partido a mar abierto. En las ramas de los abedules o en la de los sauces, hay cintas de colores que dejaron los peregrinos como una oración al viento o como despedida. Para mirar están también las torres de la ciudad y los barcos para desguace donde se posan las aves marinas. La barcaza que nos lleva va dejando una estela blanca como recuerdo. Es un día claro, hoy el aire está tan limpio de todo: “A mi Friedrich le hubiera gustado un viaje en barco como este”, dice la viuda Brodsky, mientras suspira. “Y oler el dulce salitre que esparce el viento”, le recuerda la joven Katharina Schwartz, mientras se acomoda en la cubierta...

... Y ésta historia por fin queda cercada. ¿Quién la habitará ahora?





“Und was bezeugt schon dein Herz ?
Zwischen gestern und morgen schwingt es,
lautlos und fremd
und was es schlägt,
ist schon sein Fall aus der Zeit.”

“Fall ab, Herz” – Ingeborg Bachmann

“¿Y de qué da fe tu corazón?
Se mueve entre el ayer y el mañana,
silencioso y ausente,
y lo que suena
es ya su caída del árbol del tiempo.”

“Despréndete, corazón “ – Ingeborg Bachmann
